

Las autobiografías femeninas. Un recorrido histórico

Rosa María Alabrús Iglesias
Universitat Abat Oliba CEU

Ricardo García Cárcel
Universidad Autónoma de Barcelona

1. Introducción

El yo femenino tuvo su primer escenario de expresión en el ámbito conventual. Los autorrelatos femeninos, como han destacado Cirlot y Garí, se remontan a la época medieval a través de famosas místicas como Hildegarda de Bingen, Margarita Porete o Catalina de Siena¹.

El término autobiografía, como ha dicho Isabelle Poutrin, debe emplearse con muchos matices. Unas veces son relatos de vidas completas, otras solo recogen experiencias espirituales que se salían de la vida cotidiana habitual. La espontaneidad, en cualquier caso, fue escasa. Casi todas las autobiografías fueron escritas por mandato de un director espiritual o confesor².

En las memorias personales o autobiografías es patente la voluntad de construir un arquetipo de ejemplaridad, fundamentada en la santidad femenina con la sombra del confesor a cuestas. La pluma es, con frecuencia, dirigida e incluso manipulada por otras personas (confesores o directores de conciencia, las propias compañeras de convento ...)³.

¹ Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior* (Madrid: Siruela, 2008); Victoria Cirlot y Blanca Garí, eds., *El monasterio interior* (Barcelona: Fragmenta, 2017).

² Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'époque moderne* (Madrid: Casa de Velázquez, 2017).

³ Sonja Herpoel, *A la zaga de Santa Teresa: autobiografías por mandato* (Ámsterdam: Rodope, 1999).

2. Autobiografía e Inquisición

El libro que ha servido de canon a las autobiografías religiosas femeninas en España ha sido el *Libro de la vida* de santa Teresa de Jesús, escrito entre 1562 y 1565, cuando ella tendría entre 47 y 50 años⁴. Después de Teresa de Jesús muchas de sus discípulas escribieron memorias personales, desde finales del siglo xvi y a lo largo del siglo xvii. Entre ellas destacan: Catalina de Cristo, María de San José, Ana de San José, María Bautista, Ana de San Agustín, Ana de San Bartolomé, Ana de Jesús, Bernardina de Jesús y tantas otras.

Para el caso catalán, ocurre lo mismo. La dominica Hipólita de Jesús Rocabertí y Soler (1551-1624), en Barcelona, escribió sus *Mercedes recibidas de Dios*, consideradas como su autobiografía desde 1605, por mandato de sus confesores Broquetes y Samsó. Ella misma reconoce que este último en particular le revisaba el egodocumento. En la obra se constata una proyección hacia el recogimiento interior, escasa proyección fundacional –comparado con Teresa de Jesús– y un rigorismo extremo ante una sociedad a la que ella consideraba llena de vicio y a la que había que reformar⁵.

Otra autobiografía es la de la terciaria dominica catalano-francesa Ana Domenge (1570-1619), que fue denunciada a la Inquisición de Barcelona en 1609 por sus presuntas facultades pronosticadoras y curativas, aunque el motivo que figura en el proceso incoado contra ella es el de ser endemoniada. La escribió para reconstruir su imagen, pero, al parecer, no sabía leer ni escribir. Es evidente que alguien le ayudó a hacerlo y muy posiblemente fuese su confesor Antonio Darnils, profesor y teólogo de la Universidad de Perpiñán, con algunas sobrinas de ella⁶.

Del egodocumento de la carmelita barcelonesa Eulalia de la Cruz (1669-1725), titulado *Joya labrada por la mano de Dios*, escrito por imposición de sus confesores (Alberto Carig y Pablo Gerardo Farrés) con el fin de que ella contara sus experiencias místicas (desde 1692 a 1698), ante la prevención que suscitaba su quietismo manifiesto (tan perseguido a finales del siglo xvii), se constata que el original no se conserva porque fue quemado durante la

⁴ Rosa María Alabrús y Ricardo García Cárcel, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina* (Madrid: Cátedra, 2015).

⁵ Rosa María Alabrús, *Razones y emociones femeninas. Hipólita de Rocabertí y las monjas catalanas del Barroco* (Madrid: Cátedra, 2019).

⁶ Alabrús, *Razones y emociones*, 164.

Semana Trágica de Barcelona, en 1909. Por tanto, lo que queda de esta memoria personal son las narraciones que otros han redactado sobre ella y particularmente las copias que el carmelita Josep Cabré realizó de esta monja en 1752⁷.

Como puede deducirse, el imaginario femenino, las experiencias místicas con Dios, inquietaron al Santo Oficio y marcarían las autobiografías de mujeres que nunca olvidarían a esta institución celadora y perseguidora de conductas femeninas autónomas.

El papel de los confesores respecto a las monjas postridentinas fue incuestionable. Pero las relaciones de las religiosas con sus asesores espirituales no fueron siempre las mismas.

Ana Domenge, a comienzos del siglo xvii, fue acusada de ser endemoniada, pero logró salir pronto de las cárceles inquisitoriales. Fue fundamental el que alegara, en el interrogatorio, que en su mundo visionario y en la proyección social mantenida había tenido mucho que ver su confesor dominico Antonio Darnils. De hecho, al hacerlo, se exculpó a sí misma⁸. A Darnils la Inquisición le abrió un proceso de, al menos, nueve años (1610-1619). Ella, en cambio, ya estaba de vuelta a Perpiñán en 1612⁹.

De finales del siglo xvii destaca el proceso inquisitorial abierto al agustino Francisco Montero, por haber escrito una hagiografía de su confesada titulada *Vida de María Cotanilla*. La Inquisición lo acusó de

[...] haber dicho, escrito y aun enseñado algunas proposiciones temerarias, erróneas, malsonantes y escandalosas contra Dios y contra nuestra fe católica y las había tenido y creído y se presumía haberlas enseñado por verdaderas y seguras, habiendo sido el autor, encubridor y perpetrador de embustes y embusteros y ponía en boca de la ciega María Cotanilla cosas que ella no había dicho y que él se las inventaba [...]¹⁰.

⁷ Rosa María Alabrús, «El debate sobre el quietismo en Cataluña. El caso de Eulalia de la Cruz», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, n.º 93 (2018): 13-26; James Amelang, «Los usos de la autobiografía. Monjas beatas en la Cataluña moderna», en *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, ed. por James Amelang y Mary Nash (Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 1990), 191-212.

⁸ Relación de las causas de fe y dependientes de las despachadas por la Inquisición de Cataluña (Ana Domenge), 1610-1611, fols. 97-98, Archivo Histórico Nacional (AHN), Inquisición, libro 732.

⁹ Relación de las causas de fe y dependientes de las despachadas por la Inquisición de Cataluña (Antonio Darnils), 1610-1619, fol. 432, AHN, Inquisición, libro 732.

¹⁰ AHN, Inquisición, legajo 114, expediente 12, fols. 136-146.

Por supuesto que se interrogó a la tal María Cotanilla, pero Montero fue el que se llevó la sentencia mayor por conducta herética y sacrilegio. Se le llegó a excomulgar.

Poco después, en la Ilustración, parecía aplicarse reformas «desde arriba» ante el creciente interés del Estado por absorber al aparato inquisitorial. Pero lo cierto es que el Santo Oficio se mantuvo y ello afectó especialmente a las mujeres que siguieron siendo sometidas a denuncias e interrogatorios, autos de fe impuestos, con sentencias condenatorias y alejadas de la reinserción social. El deseo de acallarlas se mantuvo en el Consejo de la Suprema y los términos empleados contra ellas (endiabladas, fingidoras, embusteras, herejes, prostitutas...) continuaron, realzando el discurso represivo de la contra-ejemplaridad femenina.

Los confesores también fueron rastreados. Ante un proceso abierto a alguna de las confesadas, la Inquisición en el XVIII tendió a no imponer una memoria o autobiografía escrita, sino que ellas contaran ante el Tribunal una *Relación* oral de su vida, lo que comprometía menos al director espiritual. Las *Relaciones de vidas* de monjas y mujeres en general, orales, aparecen resumidas y anotadas por los secretarios de Tribunal.

3. La construcción de modelos de ejemplaridad femenina

La ejemplaridad femenina no solo fue regulada por confesores e Inquisición sino por tratadistas religiosos a través de sus relatos hagiográficos de monjas. Se trataba de codificar los cánones de virtudes y valores positivos atribuidos a las mujeres consideradas como referentes de conducta, en función de que el claustro barroco era el lugar perfecto para la mujer.

La vida maravillosa de la venerable doña Marina de Escobar (de Valladolid), sacada de lo que ella misma escribió, fue publicada por el jesuita Luis de la Puente en 1665 y 1673 (en dos partes). Es una recopilación de las visiones de doña Marina, dictadas a su confesor, que, a su vez, regulaba y corregía las experiencias místicas y el texto. De la Puente pretendía difundir la fama de santidad de ella, según el modelo espiritual de la Compañía de Jesús.

Es interesante estudiar cómo se impulsaron otros modelos de vidas femeninas ejemplares, en los siglos XVI y XVII, que llaman la atención por su propio exotismo como son los casos de las africanas Juana Serafina y Teresa Juliana de Santo Domingo.

Juana Serafina (muerta en 1598) «africana de nación», tal y como la denomina el hagiógrafo franciscano Josep Batlle¹¹, fue una religiosa del monasterio de Santa Isabel de Barcelona. Según Batlle, que en 1710 recopiló la vida de varias franciscanas ejemplares¹², la niña Juana –natural de Túnez– fue apresada como esclava, cuando tenía ocho años, por el aragonés Martín Moncayo en pleno cerco del lugar por Carlos V. La esposa de Moncayo le tomó celos en Zaragoza y la envió a Barcelona con la condesa de Aytona, Ana de Cardona. Ingresó en el convento de Santa Isabel cuando la condesa murió, llegando a ser abadesa de este. Batlle subraya sus cualidades en el marco de sus mortificaciones y sufrimientos vividos¹³. Cuando Juana murió en 1598, la monja Magdalena Samsó consiguió que le abrieran la sepultura y que le entregaran una mano. Después, la mano correría entre las monjas hasta que una de ellas decidió enterrarse con la misma. Una historia que tiene cierto parecido con las reliquias de Santa Teresa de Jesús¹⁴.

La otra religiosa que despierta interés es la guineana Teresa Juliana de Santo Domingo, conocida como «Chicaba» (1676-1748). El teatino Juan Carlos Miguel Paniagua escribió una hagiografía de ella en 1749 (*Exequias de la Madre Sor Teresa Juliana de Santo Domingo, de feliz memoria, celebradas en el día nueve de enero en el Convento de Religiosas Dominiccas, vulgo de Penitencia*)¹⁵.

Se han podido localizar además dos manuscritos que pueden aportar nuevos datos. Uno, de 1757, cuyo autor fue Paniagua, posiblemente uno de sus

¹¹ Carlos Blanco, «La literatura franciscana en las imprentas de Cataluña», en *Pasado y presente. Estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, ed. por Rosa María Alabrús, José Luis Betrán, Javier Burgos, Bernat Hernández et al. (Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2020), 969-985.

¹² Josep Batlle, *Crónica seráfica de Regular Observancia*, 1710, Ms. 994, Biblioteca Universitaria de Barcelona (BUB).

¹³ Jaime Coll, *Crónica de la Provincia franciscana de Cataluña* (Barcelona: 1738, reed. Cisneros, 1981), 365.

¹⁴ Josep Batlle, *Crónica seráfica de la provincia franciscana de Cataluña de la regular observancia* (Barcelona: Biblioteca Mariana de San Francisco de Asís, 1710), Ms. 994, BUB.

¹⁵ Sue E. Houchins y Bartolomé Fra-Molinero, eds. *Black Bride of Christ: Chicaba. An African Nun in Eighteenth-Century Spain* (Vanderbilt: University Press, 2018); María Eugenia Maeso Martín, *Sor Teresa Chikaba, princesa, esclava y monja* (Salamanca: San Esteban, 2004); Beatriz Ferrús Antón, «Sor Teresa Juliana de Santo Domingo, Chicaba o escribir en la piel del otro», *Cuadernos dieciochistas*, n.º 9 (2008): 181-192; Elvira M. Melián, «Chicaba. La primera monja negra en el sistema esclavista finisecular español del siglo xviii», *Hispania Sacra* LXV, n.º 130 (2012): 565-581; Valérie Benoist, «La doble identidad de sor Chicaba/Teresa», en *Actas del III Congreso Ibero-Africano de Hispanistas*, Noureddine ACHIRIA, ed. por Álvaro Baraibar y Félix K. E. Schmeizer (Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015), 147-156.

confesores, localizado en la Biblioteca Universitaria de Barcelona¹⁶. El otro, también de 1757, ha sido localizado en la Biblioteca Pública de Nueva York, firmado por Luis Soler y las Balsas¹⁷.

El primer manuscrito de Paniagua está escrito en forma de romance. El segundo, el de Soler, adopta la seguidilla, en tono jocoso. El objetivo, por parte de ambos, sería divulgar la ejemplaridad de Teresa Juliana, en plena Ilustración.

La niña «Chicaba» había nacido en Guinea, en pleno reinado, de Carlos II, lugar donde sus padres ejercieron como reyes. Unos traficantes de esclavos la raptaron y la llevaron a Sevilla. De ahí pasó a la corte de Madrid. Mariana de Austria la regaló a los marqueses de Mancera. En realidad, con quien Teresa Juliana trató más fue con la segunda esposa de Mancera (Juliana Teresa Portocarrero; la primera, Leonor Carreto protegió a sor Juana Inés de la Cruz en México).

Los sirvientes de la casa de los Mancera le tenían envidia por saber leer y escribir y reiterar que era hija de reyes. Su negritud le retrasó la entrada en un convento hasta 1704.

La resignación cristiana de Teresa Juliana fue una virtud resaltada por sus hagiógrafos. En el argumentario de estos figuraba la comparación de su humildad con la de Rosa de Lima.

Ya en el siglo xvi, Michel de Montaigne en sus *Ensayos* se había posicionado a favor del indígena americano, pacífico, amistoso y obediente, pero fue en el siglo xviii que se generalizó el mito del «buen salvaje». En el caso de «Chicaba» (Teresa Juliana) se describe una imagen de ella de que cuando llegó a la corte de los Mancera, ya estaba civilizada. Se la presenta como a una africana excepcional y ejemplar, elegida de Dios, para salvar a los demás¹⁸.

¹⁶ Juan Carlos Miguel de Paniagua, *Vida de la venerable negra la Madre Sor Teresa Juliana de Santo Domingo de feliz memoria, religiosa profesada de la Tercera Orden de N. P. Sto. Domingo en el Religiosísimo Convento de Dominicas, vulgo de penitencia, de la ciudad de Salamanca, compuesta por un devoto de San Vicente Ferrer quien la dedica al mismo santo, con todas las licencias poéticas*, en Zaragoza, año 1757, Ms. 364, BUB. La portada del manuscrito de la BUB está en letra mayúscula.

¹⁷ Luis Soler y Las Balsas, *Vida de la venerable negra la Madre Sor Teresa Juliana de Santo Domingo de feliz memoria, religiosa profesada de la Tercera Orden de N. P. Sto Domingo en el Religiosísimo Convento de Dominicas, vulgo de penitencia, de la ciudad de Salamanca, compuesta por un devoto de San Vicente Ferrer quien la dedica al mismo santo, con todas las licencias poéticas*, en Zaragoza, año 1757, Ms. Bals-as-1, Biblioteca Pública de Nueva York (BPNY). La portada del manuscrito de Nueva York está en letra minúscula.

¹⁸ BUB, Ms. 364, 70.

Según el hagiógrafo Luis Soler, Teresa Juliana no se quería casar. A pesar de ser una religiosa del siglo XVIII siguió manteniendo los cánones de resistencia al matrimonio como las religiosas del Barroco. Ejemplos al respecto fueron: Catalina de Jesús, terciaria franciscana, que lloró desconsoladamente la imposición de su matrimonio y aunque tuvo hijos e incluso coqueteó con algún pretendiente, no olvidó nunca, tras la muerte de su esposo, su destino conventual o la clarisa capuchina Ángela Serafina Prat de Manresa que, antes de ser abadesa, fue una mujer casada y aconsejaba a su hija Bárbara que su misión era no enmaridarse y profesar en un convento.

En el siglo XVIII hubo un cambio en la literatura hagiográfica al difundirse ideales racionales basados en el cultivo de la erudición, lo que conllevó una devaluación de los excesos devocionales contruidos por los hagiógrafos del Barroco.

En Italia destacó el eclesiástico Ludovico Antonio Muratori que priorizó la racionalización de las fuentes y el método histórico científico moderno, condenando los excesos de culto y milagrería, defendiendo el valor de la educación y la ciencia. Benedictinos como Benito Jerónimo Feijoo y el jansenista Josep Climent, obispo de Barcelona, conectaron con estos planteamientos, lo que repercutiría directamente en la nueva concepción de ejemplaridad femenina.

Para Climent, era fundamental efectuar una formación integral tanto para hombres como mujeres y de toda la sociedad de la centuria ilustrada. Consideraba que en la ejemplaridad femenina debía estar presente la sabiduría de la mujer. Las santas, para él, eran mujeres leídas, que escribieron y dejaron legado cultural para instruir y edificar al común de la sociedad, aunque alejadas del modelo jesuítico¹⁹.

Según Marina Caffiero, en la transición del siglo XVIII al XIX, se daría una ejemplaridad femenina alejada del mundo visionario barroco, vinculada a la enseñanza, al asistencialismo y a la caridad, con control emocional. La figura de la esposa y madre emergería de nuevo en el discurso católico femenino del siglo XIX. La ejemplaridad femenina se valoraría entonces en función de las virtudes demostradas fuera del convento como buena madre, transmisora de

¹⁹ Gloria Ángeles Franco Rubio, «María Francisca de Sales Portocarrero y Guzmán (1754-1808), VI condesa de Montijo ¿una mujer religiosa?», *Anejos de la Revista de Historiografía*, n.º 9 (2019): 127-150; Edmond Renard, *La mère Alix le Clerc. Première religieuse de la Congrégation de Nôtre Dame 1576-1622* (Paris: J. de Girord, 1935); Marc-Antoni Adell Cueva, «Josep Climent, educador total», *Cabás*, n.º 21 (2019): 80-110; Antonio Mestre Sanchís, «Ilustración, regalismo y jansenismo», en *Historia de España en la Edad Moderna*, coord. por Alfredo Floristán (Barcelona: Ariel, 2004), 715-740.

principios religiosos y morales, previamente formada en las nuevas congregaciones religiosas en su papel de mujer casada, todo lo contrario, a la resistencia al matrimonio en siglos anteriores²⁰.

4. Las autobiografías femeninas fuera de los conventos

En la época moderna hasta el siglo xviii la autobiografía femenina se había proyectado esencialmente en el ámbito religioso, porque la mujer en el convento adquiría una cuota de protagonismo en el marco de la solidaridad conventual. Allí, la mujer encontraba un espacio y un tiempo para desarrollar su propio ejercicio personal, al servicio de la causa espiritual –la gloria de Dios– y mediatizada por un intermediario entre la tierra y el cielo que era el director espiritual.

Fuera de los conventos, las mujeres en el ámbito doméstico familiar no desarrollaron autobiografías hasta las últimas décadas del siglo xix. En el contexto histórico de la Restauración española, desde 1874 hasta comienzos del siglo xx, nació una generación de mujeres que comenzaron a tener auténtica pasión memorialista fuera de la vida religiosa.

En esta generación brillan especialmente las autobiografías de Carmen Baroja, María de la O Lejárraga García o Zenobia Camprubí. Las tres estuvieron vinculadas a hombres famosos y sociológicamente pertenecían a la burguesía liberal.

Carmen Baroja (1883-1950), fue hermana de Pío y Ricardo Baroja. Se casó con Rafael Caro Reggio. Su hijo fue el gran historiador de la cultura y las mentalidades Julio Caro Baroja. Carmen Baroja escribió sus *Recuerdos de una mujer de la generación de 1898* (editadas en 1998 por Amparo Hurtado Díaz en Tusquets), donde narró las penalidades familiares a raíz del estallido de la guerra civil española (fundamentalmente, la separación del matrimonio durante los tres años que Rafael, su esposo, permaneció en Madrid, a cargo de la imprenta y ella, en Vera de Bidasoa; cómo lo perdieron todo después de la contienda y ella tuvo que ponerse a trabajar, desafiando los convencionalismos de la época).

María de la O Lejárraga García (1874-1974), utilizó el seudónimo María Martínez Sierra desde muy joven. Se casó con el también escritor Gregorio

²⁰ Marina Caffiero y Manola Venzo (eds.), *Scritture di donna. La memoria restituita* (Roma: Viella, 2007).

Martínez Sierra y se separó de él en 1922. En sus memorias *Gregorio y yo* (1953), narra que, tras dejar la docencia, se dedicó en cuerpo y alma a escribir. Afirma que las obras de Gregorio Martínez Sierra las había escrito ella. Lo cierto es que Martínez Sierra murió en 1947 y ella siguió escribiendo y publicando (*Merlín y Viviana* en 1951, que inspiró la película *La dama y el vagabundo*; *Una mujer por caminos de España* en 1952; *Viajes de una gota de agua* en 1954; *Fiesta en el Olimpo* en 1960...). Feminista, escribió para distanciar a las mujeres de los valores tradicionales.

Zenobia Camprubí (1887-1956) nació en Malgrat de Mar. Su madre era puertorriqueña y su padre catalán, ingeniero de caminos. Sabía francés e inglés y estudió en Estados Unidos. En 1916 se casó con el escritor Juan Ramón Jiménez. Cuando estalló la guerra civil española, se exiliaron a Cuba, en 1936²¹.

La cubana Graciela Palau de Nemes escribió una versión idílica de la pareja, pero en las memorias o diarios de Zenobia se da otra versión. En la etapa inicial del matrimonio ella misma lo excusa en sus escritos personales «ya se sabe» o «está enfermo»... Sin embargo cuando a ella se le detecta una enfermedad grave y prácticamente incurable, Zenobia escribe «Juan Ramón no me permite operarme de un lipoma en el vientre» pues «tendría que permanecer internada en el hospital bastante tiempo y el no soporta mi ausencia». Es cuando reconoce los defectos de él («es hipocondríaco, no come, no se lava, no hace planes de futuro jamás, pues piensa que, a la mañana siguiente, podría estar muerto»). Sin embargo, Zenobia no se atreve a dejarlo nunca, destruyendo así su «yo», soportándolo²².

Como escribía Rosa Chacel (1898-1994), la autobiografía tiene el poder de «dar voz al carácter multifacético del yo, de dar voz a la otredad que él le alberga»²³.

Si en la época moderna las autobiografías fueron concebidas muchas veces como ejercicio de terapia recomendada por los directores espirituales, para ansiedades y frustraciones y al mismo tiempo de meritocracia para convertir la vida de la mujer conventual en modelo referencial que aspiraba a la ejemplaridad, en la época contemporánea las autobiografías de mujeres laicas o no

²¹ Anna Caballé, *Narcisos de tinta. Ensayos sobre literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)* (Madrid: Megazul, 1995).

²² Zenobia Camprubí, *Juan Ramón y yo*, 1954; *Diario I. Cuba, 1937-1939*; *Diario II. Estados Unidos, 1939-1950* y *Diario III. Puerto Rico, 1951-1956* (Madrid: Alianza, 2006).

²³ Rosa Chacel escribió *Desde el amanecer*, 1972, una obra autobiográfica de sus primeros diez años de vida. El texto ha sido reeditado por la editorial Lumen en 2017.

religiosas comenzaron a consolidarse en el marco de los orígenes del feminismo, en la segunda mitad del siglo XIX.

Los textos autobiográficos de la transición del siglo XIX al XX, plantean dudas sobre su auténtica sinceridad, aunque sean ciertamente más espontáneos que las autobiografías de religiosas femeninas antes citadas.

La educación tradicional recibida persiste, lo que se observa en el ideal de matrimonio de Zenobia Camprubí (a pesar de haber sido miembro destacado del Lyceum Club femenino juntamente con Victoria Kent, desde donde reivindicó una mayor visibilidad y presencia de la mujer en todos los ámbitos). Gracias a escribir las memorias personales y autobiográficas logró crear un espacio que impulsara el reconocimiento del «yo», aunque condicionado por el «yo» de su marido o pariente cercano. No se puede olvidar en estas mujeres la voluntad de acomodación de sus memorias a la imagen que trasciende de sus referentes familiares, en muchos casos figuras de la cultura española ya en el momento que vivieron.

Referencias bibliográficas

- Adell Cueva, Marc-Antoni. «Josep Climent, educador total». *Cabás*, n.º 21 (2019): 80-110.
- Alabrús, Rosa María y Ricardo García Cárcel. *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Alabrús, Rosa María. «El debate sobre el quietismo en Cataluña. El caso de Eulalia de la Cruz». *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 93 (2018): 13-26.
- Alabrús, Rosa María. *Razones y emociones femeninas. Hipólita de Rocabertí y las monjas catalanas del Barroco*. Madrid: Cátedra, 2019.
- Amelang, James. «Los usos de la autobiografía. Monjas beatas en la Cataluña moderna». En *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, editado por James Amelang y Mary Nash, 191-212. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 1990.
- Benoist, Valérie. «La doble identidad de sor Chicaba/Teresa». En *Actas del III Congreso Ibero-Africano de Hispanistas, Noureddine ACHIRIA*, editado por Álvaro Baraibar y Félix K. E. Schmeizer, 147-156. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015.
- Blanco, Carlos. «La literatura franciscana en las imprentas de Cataluña». En *Pasado y presente. Estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, editado por Rosa

- María Alabrús, José Luís Betrán, Javier Burgos, Bernat Hernández *et al.*, 969-985. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2020.
- Caballé, Anna. *Narcisos de tinta. Ensayos sobre literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*. Madrid: Megazul, 1995.
- Caffiero, Marina y Venzo, Manola, eds. *Scritture di donna. La memoria restituita*. Roma: Viella, 2007.
- Cirlot, Victoria y Blanca Garí. *La mirada interior*. Madrid: Siruela, 2008.
- Cirlot, Victoria y Blanca Garí, eds. *El monasterio interior*. Barcelona: Fragmenta, 2017.
- Ferrús Antón, Beatriz. «Sor Teresa Juliana de Santo Domingo, Chicaba o escribir en la piel del otro», *Cuadernos dieciochistas*, n.º 9 (2008): 181-192.
- Fra-Molinero, Baltasar y Sue E. Houchins, eds. *Black Bride of Christ: Chicaba. An African Nun in Eighteenth-Century Spain*. Vanderbilt: University Press, 2018.
- Franco Rubio, Gloria Ángeles. «María Francisca de Sales Portocarrero y Guzmán (1754-1808), VI condesa de Montijo ¿una mujer religiosa?». *Anejos de la Revista de Historiografía*, n.º 9 (2019): 127-150.
- Herpoel Sonja. *A la zaga de santa Teresa: autobiografías por mandato*. Ámsterdam: Rodope, 1999.
- Maeso Martín, María Eugenia. *Sor Teresa Chikaba, princesa, esclava y monja*. Salamanca: San Esteban, 2004.
- Melián, Elvira M. «Chikaba. «La primera monja negra en el sistema esclavista finisecular español del siglo XVII»». *Hispania Sacra* LXV, n.º 130 (2012): 565-581.
- Mestre Sanchís, Antonio. «Ilustración, regalismo y jansenismo». En *Historia de España en la Edad Moderna*, coordinado por Alfredo Floristán, 715-740. Barcelona: Ariel, 2004.
- Poutrin, Isabelle. *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'époque moderne*. Madrid: Casa de Velázquez, 2017.
- Renard, Edmond. *La mère Alix le Clerc. Première religieuse de la Congrégation de Notre Dame 1576-1622*. Paris: J. de Girord, 1935.